

El viaje como medio de conocimiento: el *Viaje de Turquía*

Las dos formas de vida más representativas de la Alta Edad Media, el feudalismo y el monasticismo, desaconsejaban los desplazamientos geográficos. Continuaba la tradición cristiana de considerar la vida del hombre como jornada hacia la eternidad, pero fuera de esa imagen simbólica del *homo viator*, la práctica del viaje entrañaba generalmente de algún modo una finalidad religiosa. O bien se trataba de campañas guerreras para rescatar de los infieles antiguos dominios cristianos, caso de las Cruzadas, o bien se trataba de peregrinaciones religiosas a Roma, Santiago o Tierra Santa. En ambos casos el interés residía en el objetivo final del recorrido, no en el viaje mismo. Esta situación cambió paulatinamente en la Baja Edad Media. Así, el anónimo autor de la famosa *Guía del peregrino de Santiago de Compostela*, obra del siglo XII, incorporó a su texto sustanciosas observaciones y comentarios sobre los lugares, monumentos y habitantes que tuvo ocasión de conocer en el curso de su peregrinación. Con el desarrollo de la burguesía y el florecimiento de las ciudades, aumenta considerablemente el comercio entre los países. La práctica del viaje se hace más frecuente y atractiva, y responde ya no sólo a motivaciones espirituales, sino también al deseo de satisfacer una *curiositas* creciente acerca del mundo sensible¹.

Paralelamente a ese desarrollo surge la idea del viaje como medio de conocimiento. Esta idea ya se halla explícita en Pero Tafur, viajero español que, de 1435 a 1439, recorrió en solitario varios países de Europa y el Próximo Oriente. En el prólogo a sus *Andanças e viajes*, Tafur escribe que visitar tierras extrañas puede tener en sí mismo un importante valor cognoscitivo para el mejoramiento de la cosa pública

porque, si acaesce, fazer retorno después del trabajo de sus caminos a la provincia donde son naturales, pueda, por la diferencia de los governamientos é por las contrarias qualidades de una nación a otra, venir en

¹ Cf. Christian K. Zacher, *Curiosity and Pilgrimage* (Baltimore, Johns Hopkins Univ., 1976), pp. 88-92.

conocimiento de lo más provechoso a la cosa pública e establecimiento della².

Un siglo más tarde, el *Viaje de Turquía* (1555) teoriza de modo algo distinto. La obra se abre con una dedicatoria al recién coronado Felipe II, cuyo primer tema es la actividad de viajar. El anónimo autor, al revés que Tafur, no menciona el heroísmo o las hazañas caballerescas como objetivos aconsejables del viaje, sino que se concentra en su valor como fuente de conocimiento:

Aquel insaçiable y desenfrenado deseo de saber y conosçer que natura puso en todos los hombres, César invictíssimo, sujetándonos de tal manera que nos fuerza a leer sin fructo ninguno las fábulas y fictions, no puede mejor executarse que con la peregrinación y ver de tierras estrañas, considerando en cuánta angustia se enzierra el ánimo y entendimiento que está siempre en un lugar sin poder extenderse a especular la infinita grandeza deste mundo, y por esto Homero, único padre y autor de todos los buenos estudios, habiendo de proponer a su Ulixes por perfecto dechado de virtud y sabiduría, no sabe de qué manera se entonar más alto que con estas palabras: «Ayúdame a cantar ¡o musa! un varón que vio muchas tierras y diversas costumbres de hombres»³.

Las virtudes epistemológicas del viaje se expresan aquí en términos hiperbólicos poco comunes. Viajar ya no es sólo conveniente, sino el medio necesario de satisfacer un deseo común. Nuestro autor parte de la premisa de que todo hombre aspira por naturaleza a conocer críticamente el mundo físico que le rodea. Esta idea, sin embargo, lejos de ser unánimemente compartida, vincula nuestro texto a una escuela de pensamiento muy específica. Por los mismos años en que se escribe el *Viaje de Turquía*, el naturalista portugués Carlos Clusio traduce y edita el *Aromatum*, obra de su compatriota el médico García de Orta, en la que se ofrece por primera vez al Occidente un compendio de las plantas que crecen en el Extremo Oriente. Clusio antepone al texto una dedicatoria que comienza así:

Commendatur apud Homerum Vlysses, generose Iacobe, ob variarum regionum perlustrationem, atque consuetudinum morumque; hominum iisdem in regionibus obseruationem. Nec immerito sane, cum Prudentia

² *Andanças e Viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo avidos (1435-1439)*, ed. M. Jiménez de la Espada (Madrid, 1874), pp. 1-2.

³ *Viaje de Turquía*, ed. Fernando García Salinero (Madrid, Cátedra, 1980), pp. 87-8. Nuestras citas del texto de aquí en adelante se harán por esta edición, indicando la página entre paréntesis.

(que nihil in vita mortalium melius aut maius esse potest) aliud nihil fit, quam notitia quaedam omnes nostras actiones ita instituendi, vt communis societas reique publicae tranquillitas in integro conseruetur. Quam quidem cognitionem siue prudentiam longo diuersorum ritum & consuetudinum experimento atque obseruatione adquiri necesse est. Hac in sententia fuerum etiam plerique Philosophi, qui vt prudentiores euaderent, rerumque cognitionem adipiscerentur, longinquas peregrinationes adgressi sunt⁴.

Son palabras idénticas a las del *Viaje de Turquía*, y sin embargo no es necesario presuponer influencia directa de uno sobre otro. También en 1555 se publica en París, *Les Observations*⁵, libro en que el médico francés Pierre Belon resume las anotaciones de su largo viaje naturalista por Turquía y el Próximo Oriente. La obra comienza con una dedicatoria a su protector, el cardenal Tounon, en la que se dice:

Et suyvant ceste naturelle excellence de vostre divin esprit, qui s'est toisours delecté en la contemplation des choses naturelles, desquelles vous estes souverain admirateur: apres qu'eustes cogneu le desir que i'auoye de parvenir a l'intelligence des choses concernantes la matiere des medicaments & des plantes (laquelle ie ne pouvoye bonnement acquerir sinon par vne loingtaine peregrination) il vous pleut me commander les aller voir és regions loingtaines, & les chercher iusques aux lieux de leur naissance... Ulysses en a esté estimé et iugé de tout le monde le plus sage et prudent d'entre les autres princes illustres, tant pour avoir observé la diversité des moeurs des plusieurs hommes, que pour avoir veu la diversité des villes et des pays estranges⁶.

Belon hace bien explícita la relación entre viaje y medicina. El objeto de sus viajes es primariamente, como para De Orta, el de aumentar sus conocimientos sobre medicina y plantas medicinales. Esta misma declaración de intenciones la hallamos en la obra magna del médico español Andrés Laguna —según Marcel Bataillon, autor asimismo del *Viaje de Turquía*— la edición comentada de la *Materia Médica*, de Dioscórides⁷. Nuevamente encontramos en el prólogo estas ideas familiares:

⁴ GARCÍA DE ORTA, *Aromatum* (Lisboa, Junta de Investigações do Ultramar, 1964), p. 4.

⁵ El título completo es *Les Observations des plusieurs singularitez et choses memorables trouuées en Grece, Asie, Judée, Egypte, Arabie et autres pays estranges*. Citamos por la edición de París, 1558.

⁶ *Les Observations*, Preface, s. p.

⁷ Andrés Laguna, ed. y trad., *Pedacio Discórides Anazarbeo. Acerca de la materia medicinal*, Salamanca, 1570.

Y así los que andavan en los ejércitos, como siempre discurriessen de región en regiones, ni más ni menos que los Gitanos, fácilmente podían conocer cada día varias costumbres de gentes, diversas constituciones de cielos, infinitas differentias de plantas y minerales, en especial siendo a la tal inquisición inclinados, como lo fue sin dubda Dioscórides... De lo dicho se collige a la clara, cuán útil y necessaria sea la peregrinación generalmente a todos los hombres. Lo qual Homero teniendo bien conocido, para darnos a entender un Varón muy avisado y prudente que era Ulysses, invocó la musa en esta manera:

O Musa, cuéntame las perfecciones
 Del que después de las Troyanas clades,
 Conoció las costumbres y ciudades
 De muchas gentes y varias naciones
 Mas a ninguno sirve tanto el peregrinar como al médico⁸

Debe subrayarse la importancia de estas últimas palabras. La íntima asociación de viaje y conocimiento es característica del humanismo médico renacentista. Clusio, Belon y Laguna reviven con entusiasmo la filosofía natural establecida en la Antigüedad por Hipócrates. En su teoría de la medicina, Hipócrates exigía a todo médico un conocimiento directo y preciso de las condiciones específicas del medio ambiente en que desempeñe su actividad profesional, pues sólo de esa manera llegaría a entender y tratar los procesos de enfermedad y salud. La única manera de llegar a ese conocimiento era mediante la observación directa de la naturaleza, lo cual hacía necesario que el médico viajara. El maestro predicó con el ejemplo; tanto él como sus distinguidos discípulos y comentadores Galeno y Dioscórides fueron incansables viajeros. Con el resurgimiento de la medicina hipocrática en el Renacimiento, los médicos humanistas se muestran encendidos imitadores en este sentido de sus maestros clásicos. Ulysses se convierte para ellos en el héroe literario modélico, gracias al hecho de ser el viajero más famoso de la literatura clásica.

La necesidad de viajar es propugnada entonces por la filosofía natural. Quienes no muestran particular entusiasmo por desvelar los secretos del mundo físico —«la infinita grandeza de este mundo»— se desentienden consecuentemente de toda necesidad viajera. Un Marsilio Ficino, por ejemplo, representa típicamente la actitud del neoplatonismo; el ansia humana de conocimiento busca lo eterno y perdurable, y por tanto soslaya el medio físico que es por esencia caduco y transitorio⁹. Erasmo, por su

⁸ *Dioscórides*, pp. 4-5.

⁹ «Forsitam ille iugis est animi motus quo semper agi & vivere animus a Platonicis existimatur.

parte, humanista cristiano cuyo objetivo principal es la reforma moral de la Cristiandad, no muestra mayor entusiasmo por el viaje. El tema es discutido en su diálogo *Senile colloquium*. En él Glyción encarna al joven que arde en deseos de conocer tierras, gentes y costumbres extrañas. Pero el prudente y experto Pampirus logra convencerle del escaso provecho que podrá obtener de sus viajes. En su opinión, contrariamente a lo que defienden los médicos que hemos citado, del estudio atento a un simple mapa puede obtenerse más conocimiento que de todos los viajes de Ulises juntos¹⁰. El héroe homérico es pues para él un modelo desaconsejable, y el acceso al saber no pasa por el viaje, sino por el estudio.

II. Debemos preguntarnos, entonces, ¿qué sentido tiene la inserción de esa apología del viaje como medio de conocimiento en el *Viaje de Turquía*? A primera vista esto no parece tener justificación, pues a nadie se le escapa que hay una diferencia fundamental entre nuestra obra y las otras que hemos mencionado. Clusio, Belon y Laguna prologan libros naturalistas; su contenido es el resultado de viajes emprendidos voluntariamente para anotar observaciones de valor científico. El caso del *Viaje de Turquía* es diferente. Se trata de un diálogo novelado cuyo protagonista, Pedro de Urdemalas, es un soldado español capturado en Italia por los turcos y llevado a Constantinopla como esclavo. Este viaje es cualquier cosa menos deliberado y científico. ¿Por qué iniciar, entonces, la obra con una declaración tópica del humanismo médico-naturalista? Sencillamente porque, aunque el *Viaje de Turquía* no es sola y estrictamente un libro de viajes, en él se incluye un libro de viaje naturalista. Urdemalas es ciertamente sólo un soldado cuando llega a Turquía. Pero en sus ocho años de residencia forzada en Constantinopla aprende el oficio de médico y llega a sobresalir en él de tal modo que su carrera culmina con el nombramiento de protomédico de la familia real otomana. Al término de ese tiempo, Urdemalas escapa de Turquía y emprende el regreso a España en un viaje novelesco y rico en incidentes que le hace recorrer Grecia e Italia, y del que dará después un pormenorizado relato a sus dos contertulios, Matascallando y Juan de Votoadiós. Un hecho sorprendente ha llamado unánimemente la atención de los críticos de la obra. Grecia e Italia son naturalmente los lugares donde floreció la cultura clásica. Cualquier viajero

Puto autem mentem quandoquidem statum noscit iudicatque ipsum mitatione praestantiorem, atque naturaliter appetit illum ultra motum, in habitu quodam stabili potius, quam mobili conditione bonumque suum optare, & denique consequi. Huius res inditium est, quod mens in statu proficit magis, quam in motu». *Epistolarium*, II, en *Opera Omnia* (Basilea, 1576), pp. 676-7.

¹⁰ «Mihi videor tutius totum orbem obire in tabula geographica. Neque paulo plus videre in historiiis, quam si viginti totos annos ad Vlyssis exemplum per omnes terras mariaque volitarem». *Colloquia*, en *Opera Omnia*, Ed. L.-E. Halkin, et al, v. I-III (Amsterdam, North-Holland, 1972), 380.

culto de la época no puede menos de hacer constantes y admirativas referencias a su glorioso pasado artístico. Urdemalas, sin embargo, no tiene ojos para las innumerables ruinas famosas que se cruzan en su camino. Dos veces pasa por Atenas, pero voluntariamente se olvida de describir y aún de mencionar la Acrópolis. La razón de ese desinterés se halla en el hecho de que el autor aprovecha el viaje de Urdemalas para describir y discutir las cosas que le interesan a su condición de médico.

El periplo mediterráneo se inicia con un recorrido por los monasterios de la costa griega. No eran pocos los tesoros artísticos y bibliográficos que allí se conservaban, pero de ellos no hay mención en nuestra obra. En cambio el autor es consistente en dar todos los detalles posibles sobre un hecho en apariencia de menor importancia: la dieta de los monjes. Lo que interesa al autor es el régimen de salud de los monasterios. Del primero de ellos Urdemalas no da ni una mínima descripción, pero conocemos detalladamente en qué consiste su almuerzo habitual y cómo se prepara (pág. 273). Del segundo apenas se nos dice su nombre, Chilandari. Tras describir brevemente ciertas prácticas religiosas, nuevamente se reserva el acopio de datos para dar una relación completa de la comida que se sirve en el monasterio, incluida la preparación del vino que allí se bebe (pág. 277). Urdemalas cuenta a continuación que todos los monjes de la zona observan cuatro Cuaresmas al año con un régimen alimenticio estricto diferente en cada una de ellas (págs. 282-283). Sabemos también que ellos mismos pescan, guardan los ganados y explotan sus propias granjas o *metoxias*, lo que les permite autoabastecerse de alimentos y lana para sus hábitos (pág. 289).

Una vez fuera del circuito de monasterios, el mismo interés continúa. En la isla de Lemnos, Urdemalas llega a un pueblo y entra a una taberna donde unos griegos están bebiendo. Esto le sirve de pretexto para hacer un pequeño tratado sobre la manera de comer y beber entre los griegos, comparada con la de otros pueblos como turcos y alemanes (págs. 305-307). Su paso por la isla de Chío es muy significativo. Urdemalas habla como es de rigor de la producción de la almástica, la resina del árbol lentisco, un hecho reseñado comúnmente por los viajeros de la época. Pero a diferencia de ellos, el *Viaje* aporta una información original, que es su uso medicinal. Se trata, dice Urdemalas, de una planta con aplicaciones médicas variadas y que los turcos usan para limpiarse los dientes (pág. 313).

El recorrido por Italia tiene una tónica similar. Del golfo de Venecia Urdemalas se interesa por las migraciones de las aves, fenómeno que razona con sus observaciones (págs. 326-327). De Messina se da una relación de las cuarentenas preventivas contra la peste, aplicadas a per-

sonas y productos que llegan a ese puerto (págs. 329-331). A partir de ahí Urdemalas aplica constantemente el mismo interés por todo lo que tenga que ver con el régimen de salud de sus habitantes. Obviamente sus dos interlocutores, Votoadiós y Matalascallando, están más interesados que él en lo que se refiere a monumentos: «¿Qué cosa es Nápoles? ¿Qué, tan grande es? ¿Cuántos castillos tiene?», pregunta Mata (pág. 338). Pero Urdemalas siempre termina llevando el agua a su molino, y acaba dando una copiosa relación de la provisión de alimentos en el mercado de la ciudad (págs. 340-341). Su desdén por lo artístico llega al extremo en el caso de Roma. Uno esperaría que la Ciudad Eterna le mereciera mayor atención, pero no es así. Antes bien, nuestro héroe se desentiende cínicamente de toda mención a sus monumentos con una actitud que en él es excepcional: «Desta poco hay que decir, porque un libro anda escrito que pone las maravillas de Roma» (pág. 342). En fin, para el resto de Italia la perspectiva del autor no cambia, y las menciones a las maravillas artísticas que se cruzan en su camino son tan escuetas como poco entusiastas. De las famosísimas puertas del Baptisterio de Florencia, esculpidas por Donato y Ghiberti, se limita a decir que son «soberbias, de metal, con figuras de vulto» (pág. 356). En cambio si se trata de comparar ciudades, nuevamente asistimos al catálogo de provisiones, comidas y preferencias alimenticias de las ciudades de la Península itálica, tales como Palermo, Venecia, Viterbo, Florencia, etc.

La indiferencia para monumentos célebres de la época o ruinas gloriosas de la Antigüedad clásica —indiferentemente denominadas siempre como «antiguallas»— se torna en cambio poco disimulado entusiasmo ante el paisaje de Lombardía, que no por sus monumentos, sino en su condición de modelo de explotación agrícola, merece el calificativo de

el mejor pedaço de Italia, que no es más caminar por ella que pasear por un jardín; los caminos muy llanos y anchos, y por cada parte del camino corre un río pequeño que riega todo aquel campo, donde se coje pan y vino y leña, todo junto. [...] las heredades están llenas de olmos y por ellos arriba suben las parras, y es tan fértil tierra que, aunque la siembren cada año no dexa de traer mucho pan, y cada çepa de aquéllas trae tres o quatro cargas de uba y algunas diez, y los olmos dan harta leña. [...] y ver aquellos regadíos, que acontesçe quatro ríos en medio el camino hazer una ecruçijada y llebar los unos por ençima de los otros, unos corriendo haçia baxo y otros haçia riba...

Entendamos pues los silencios artísticos de *Viaje*. El ansia de saber de qué nos habla la Dedicatoria busca una satisfacción en las maravillas de la naturaleza, no en las sutilezas del arte. El largo viaje de Urdemalas ca-

mino de su patria es un pretexto del autor para ofrecer al lector un libro de viaje desde una perspectiva naturalista. El médico Urdemalas ha emprendido esa peregrinación que sus colegas pedían fuese obligatoria para el ejercicio de la medicina. Observa los cultivos, la dieta, el suministro de alimentos o la preparación de las comidas. Al final, como resultado de sus viajes, Urdemalas adquiere la misma sabiduría y prudencia que su admirado Ulises obtuvo de su Odisea. Votoadiós y Mata reencuentran a un Urdemalas muy diferente del que habían visto por última vez ocho años antes. Ambos concuerdan en que la experiencia viajera ha sido un factor determinante en ese cambio. «Gran ventaja nos tienen los que han visto el mundo a los que nunca salimos de Castilla. ¡Mirad cómo viene filósofo y qué bien habla!» (pág. 116), dice Mata expresando una opinión que se confirma a lo largo de toda la obra y que también comparte Votoadiós. Este, resalta al final de la primera jornada una razón que explica la sabiduría de Urdemalas: «Lo que más hace al caso, haber visto tantas diversidades de regiones, reinos, lenguajes, complexiones» (pág. 379). El Pedro de Urdemalas del *Viaje de Turquía* bien puede considerarse por ello como el primer héroe que en la literatura española encarna los beneficios del viaje como medio de conocimiento.

ANGEL DELGADO GÓMEZ

University of Notre Dame, Indiana